



El supermercado de la identidad

Jorge Marsá

Vivimos en la sociedad de la apoteosis del individualismo; sin embargo, la crisis del individuo aparenta generalizarse. Nos movemos en un momento en el que la dedicación a los problemas del ámbito interior de la personalidad supera con creces a la de cualquier otra época; a pesar de lo cual, la crisis psicológica se presenta reiteradamente, con urgencia. Estamos inmersos en una organización social en la que los derechos humanos se encuentran siempre en primer plano; no obstante, las personas nunca se sintieron tan gobernadas por el impersonal cálculo económico y tecno-científico que rige los destinos de nuestro presente, y por un poder tan diluido y etéreo como inabordable en todo aquello que no sea lo formal.

En la época del Yo, los divanes de los psicoanalistas se encuentran repletos, y en las nutridas colas de espera el consumo de drogas para la ansiedad del espíritu —tranquilizantes, calmantes, relajantes, estimulantes, etc.— supera con creces al de cualquier otro tipo de fármacos. La demanda de manuales y cursos de autoayuda, de autoestima, de autoperfeccionamiento y demás “autos” alcanza cotas sorprendentes, sin necesidad de publicidad alguna. Simplemente, van expandiéndose de angustia en angustia, cual mancha de aceite. En una civilización que proclama la racionalidad como bandera, se extiende soterradamente, sin pausa, la vieja irracionalidad, como arma exclusiva de los desamparados, de los marginados por la dictadura de una forma exclusiva y excluyente de

*En una
civilización que
proclama la
racionalidad
como bandera,
se extiende
soterradamente
la vieja
irracionalidad*

racionalidad: el cálculo económico.

La extensión de ese cálculo económico a todos los ámbitos de la actividad humana y su relación con el entorno natural muestra a las claras, por contra, la imposibilidad de su falsa racionalidad. La desigualdad creciente y las crisis ecológica y psicológica delatan el fracaso último de esta dictadura pretendidamente racionalista. Ahora bien, por el momento, su expansión continúa: el mercado y sus mercancías fijan las pautas de un número cada vez mayor de conductas en el devenir social y personal. La angustia de los hombres, su dificultad para adaptarse a un cambio que, a menudo, les supera, se convierte también en un nuevo producto para el mercado: remedios espirituales para la insatisfacción personal y crisis de la identidad para la confusión política. ¿Tendrá algo que ver todo esto con la crisis de la modernidad? ¿Asistiremos, como algunos defienden, a una crisis civilizatoria producida por la globalización económica y cultural que destruye la diversidad social y cultural?

*La exhaustiva
aplicación de la
lógica
cuantitativa del
mercado
transforma
profundamente
la identificación
personal*

Individualismo y modernidad

Siempre se alude a la modernidad por lo que se considera su componente fundacional: la liberación del individuo de los vínculos jerárquicos de dependencia, que marcan el fin de las relaciones feudales de subordinación de unas personas a otras. Pero esta liberación se produce en el terreno jurídico, en el que se contempla la igualdad como un componente abstracto, ya que el derecho necesita basarse en generalizaciones abstractas. Por lo tanto, el sujeto jurídico contemplado poco tiene que ver con el individuo real. Sólo así pueden considerarse como iguales los individuos empíricos sustancialmente desiguales.

El otro pilar constitutivo de la modernidad viene representado por la autonomía de lo económico respecto al resto de los componentes que conforman el cuerpo social. Por primera vez en la historia se produce una separación entre la persona y la forma en que logra la satisfacción de sus necesidades. Los vínculos personales del Antiguo Régimen son sustituidos por un sistema de mediación basado en la propiedad, que se separa del individuo e incluso gobierna su conducta, según las leyes del cálculo económico. Sólo la coacción económica puede coexistir con la nueva libertad jurídica, con la separación del individuo real del sujeto abstracto del derecho. Únicamente así puede solventarse el que una persona jurídicamente igual por sus derechos se vea obligada a vender su fuerza de trabajo a otra, y que el derecho pueda obviar esta desigualdad sustancial sin alterar sus principios de igualdad.

La historia del principio de igualdad es la historia de un colosal desarraigo, de una dramática secuencia de decisiones que han sustraído al individuo (económico) de la trama de las relaciones sociales precedentes. Cuando el cordón que le une a la comunidad “natural” se rompe, entra en funcionamiento el máximo artificio que la historia haya conocido: la transformación en mercancía del trabajo y de la tierra (por tanto, de la vida misma y de la naturaleza). A partir de entonces, la ficción de la mercancía proporciona el principio de organización para toda la sociedad.

Estas paradojas explican que, en ocasiones, se pueda entender el desarrollo de la modernidad como un proceso de debilitación del Yo. El sujeto inicialmente propietario deviene en sujeto consumidor, debido a que el sistema funciona como productor, reproductor y destructor de objetos destinados a la apropiación, finalizando el ciclo en un sujeto en relación con el objeto consumible. La exhaustiva aplicación de la lógica cuantitativa del mercado transforma profundamente la identificación personal, devolviéndonos un sujeto que en adelante será mensurable sólo en el terreno cuantitativo.

La identidad conformada por la pertenencia a la comunidad había sido un principio central de la organización social. De hecho, precisamente la identidad, entendida como estatus, mediaba la relación con la naturaleza y las relaciones de poder sobre el territorio perteneciente a la comunidad. Por supuesto, esa identidad fuerte y jerárquica, premoderna, asustaría a muchos de los que hoy reclaman su vuelta, a los que buscan la raíz, el origen. Sin embargo, la organización que se configura mediante la preeminencia de lo económico necesita prescindir del mecanismo identitario para trasladar a la mercancía y su reproducción el poder de organizar las relaciones entre las personas. Libera al individuo tanto de la dependencia jerárquica como de buena parte de sus lazos comunitarios: le abandona a la soledad y a la volátil innovación del mercado.

Existe una continuidad sustancial entre el individualismo originario del derecho moderno y el actual individualismo de masas del consumidor, orientado hacia una infinita gratificación de los propios deseos. La libertad individual pasa a definirse en términos de libertad de elección entre más objetos a consumir. La lógica de la cantidad y la desenfrenada carrera por su consecución constituye el fundamento de la sociedad del consumo de masas. En cualquier caso, las cantidades no identifican; cuando las relaciones humanas se transforman en relaciones basadas en el dinero y el intercambio de mercancías, no extraña encontrar un individuo débil por la pér-

En la generalización de la simpleza, y en la irracionalidad que suele acompañarla, encontramos uno de los aspectos básicos de la cultura de masas

dida de la identidad que la comunidad proporciona. La relativa libertad de la sociedad moderna estimulará tanto la creatividad ante el conflicto como la angustia que éste conlleva. Las certezas que la estrecha comunidad premoderna garantizaba, la identidad aparentemente estable, son condenadas a su desaparición en el individualismo propietario, primero, y en el individualismo de masas posterior.

Individualismo y cultura de masas

El individualismo de masas del consumidor, que caracteriza la sociedad contemporánea, encuentra su máxima expresión en el centro desde el que irradian hoy casi todas las directrices: Estados Unidos. Como en cualquier época, el país que puede imponer las pautas de comportamiento económico, social y cultural es, asimismo, pionero en la conformación de esos comportamientos. En este caso, además, puede afirmarse que los EE UU, son, quizá, el país en cuya tradición social el individualismo se encuentra más arraigado. Y es allí donde las paradojas que reseñábamos en la introducción de este texto alcanzan su máxima expresión, la sociedad en la que los fenómenos que han puesto en crisis la identidad se manifiestan con rotunda crudeza.

El individualismo estadounidense no sólo debilita la identidad, sino que alcanza unas cotas en las que la soledad se convierte en una característica fundamental de aquella sociedad. Se ha podido demostrar que durante la ola de calor que sufrió Chicago hace dos años, varias personas murieron en sus casas porque el pánico a la calle les impidió salir en busca de ayuda durante los días en los que los sistemas de comunicación no funcionaron. Pues bien, la soledad y el miedo al entorno no harán más que agravarse con la tan cacareada sociedad de la información que está arribando. Son ya diez millones de estadounidenses los que trabajan, por medio del ordenador, en su propio domicilio. Añadamos a esto las cuatro horas diarias que pasan frente al televisor, la posibilidad de realizar el conjunto de sus compras por vía telemática, junto a un nivel cultural medio que ha convertido aquel país en el paraíso de los malos estudiantes españoles, y podremos hacernos una idea aproximada del maravilloso futuro que los exégetas del modelo nos auguran.

Este nivel cultural al que nos referimos no surge de la nada. De la misma forma que el consumo de masas se basa en la producción de objetos para la más amplia mayoría, la cultura de masas que genera requiere la mayor cantidad de público posible para obtener el éxito que se persigue. Del éxito, entendido en este sentido, de la cultura de masas norteamericana podemos dar fe. Tan sólo hace falta

*La crisis de la
identidad se
nutre de la
puesta en
cuestión de las
formas
comunitarias
tradicionales*

encender el televisor o entrar en el cine para comprobarlo, pues para dirigirse a la inmensa mayoría es imprescindible rebajar los contenidos, ponerlos al alcance de cualquiera, simplificar los valores y los mensajes transmitidos. Y en esta simplificación, en la generalización de la simpleza, y en la irracionalidad que suele acompañarla, encontramos uno de los aspectos básicos de la cultura de masas con la que este país surge al conjunto del planeta.

Como es lógico, esta cultura entrecruza la manera de entender y realizar la actividad política de aquella sociedad. La cultura del espectáculo dio lugar a la política del espectáculo. Vuelven a repetirse aquí las ideas simples, machaconamente repetidas, y la adecuación a lo que la mayoría de los ciudadanos-clientes quieren escuchar. Contra lo que se piensa, el nacimiento de la propaganda como actividad “científica” no surgió en la Alemania nazi con Goebbels, sino en la democracia norteamericana. Fueron conscientes, y lo explicitaron, de que en una democracia la manipulación de las conciencias era mucho más importante que en las dictaduras. Las expectativas de las masas debían ser encauzadas, no fuera a ser que, en su ignorancia, acabaran reclamando soluciones poco convenientes. Por tanto, el mismo empobrecimiento de los contenidos se traslada igualmente a la política en su versión USA; una forma de entender la política que se extiende por doquier.

Identidad personal versus identidad social

Si el individualismo consumista estadounidense y su cultura de masas provocan una crisis en cualquier forma de identidad personal o social, también desde allí puede llegar el remedio. Resulta evidente que la crisis de la identidad se nutre, fundamentalmente, de la puesta en cuestión de las formas comunitarias tradicionales: la familia, la comunidad local, las asociaciones políticas o sindicales, la crisis del trabajo, etc. Por lo que parecería obligado que cualquier vía de actuación pasara, en este asunto, por la creación de nuevos vínculos comunitarios, libres y no cosificados, que permitieran a la gente recomponer las relaciones sociales que alimentan la identidad. Sin embargo, paradójicamente, la solución publicitada desde el *Imperio* muestra un camino completamente opuesto, un empeño en resolver el problema desde el mismo individualismo que contribuye a crearlo.

Esta contradicción trata de resolverse oponiendo los componentes personales y sociales de la identidad. Oposición que solamente puede entenderse en clave ideológica, ya que desde la más mínima racionalidad científica se demuestra insostenible. La identidad úni-

No es posible separar lo que somos de la cultura que nos conforma, aunque sólo sea porque para intentarlo tenemos que utilizar la herramienta cultural clave: el lenguaje

*A la invasión de
manuales de
autoayuda, en
versión
ejecutivo
triunfador,
sucede ahora la
de esta
espiritualidad
simple e
individualista*

camente puede encontrar expresión en la existencia del otro o de los otros; sin esta contraposición, referirse a la identidad no tiene ningún sentido. Desde la primera infancia la identidad se construye mediante un doble proceso complementario de diferenciación individual y pertenencia social. En este caso son los padres, en el ámbito individual, los que juegan el papel del otro, y en tanto que unidad social, en tanto que familia, crean los vínculos sociales que acabarán conformando la personalidad. Por consiguiente, la identidad siempre tiene un componente social, inseparable del personal.

Otro de los aspectos de esta errónea dicotomía lo constituye la contraposición entre lo que realmente somos y lo que la cultura o la civilización ha producido en nosotros. Y aquí, la falta de racionalidad vuelve a manifestarse. Pues no es posible separar lo que somos de la cultura que nos conforma, aunque tan sólo sea porque para intentarlo tenemos que utilizar la herramienta cultural básica: el lenguaje. Tratar de pensar, o de sentir, como dicen algunos, sin recurrir al lenguaje, se demuestra inútil. La oposición entre “nuestra” cultura y la “autenticidad” de cada uno resume un camino tan irreal como inexistente. Creer que uno es una entidad pura a la que se añaden aditivos contaminantes, que con esfuerzo pueden ser eliminados a voluntad, sólo refleja un arcaico sentido mágico de la espiritualidad o una nueva manera de recuperar los peores componentes del individualismo a ultranza.

De Hollywood a Lanzarote

Debe tener relación el hecho de que EE UU, además de la patria por excelencia del individualismo, también sea el paraíso de las sectas, que se cuentan allí por miles. Por ello, a la invasión de manuales de autoayuda en versión ejecutivo triunfador, sucede ahora la de esta espiritualidad simple e individualista que arrasa en el mercado global de la ansiedad y, salvo pequeñas excepciones, el conjunto de publicaciones que en este terreno nos invaden llevan impreso el *made in Hollywood*. El fenómeno se extiende más de lo que algunos creen: libros que llevan años en el mercado aparecen entre los más vendidos en nuestra Isla: sintomático. La americanización comienza a anegar nuestras conciencias.

Se observa que muchos conejeros encuentran consuelo para la crisis de la identidad leyendo la policiaca espiritualidad de *Las Nueve revelaciones* (enigma sin resolver porque ya ha aparecido la décima); las inauditas ensoñaciones de una norteamericana con los aborígenes australianos en *Las Voces del Desierto*; la simplicidad de los ejercicios espirituales de *El Caballero de la Armadura*

Oxidada; los *best-sellers* de Paulo Coelho, como *El Alquimista*. O bien, descubren que el amor más sublime es aquel que no necesita del otro, sino que anida en ti, a través de los *Aforismos* de Anthony de Melo y de un largo etcétera del cual, quien escribe estas líneas, no tiene noticias ciertas. ¿Quién hubiera podido prever que en un país que ha producido tan altas cotas de literatura mística —cuya cumbre bien podría ser el *Canto Espiritual* de Juan de la Cruz— se iba a acabar consumiendo la espiritualidad en píldoras de literatura mediocre para todos los públicos importadas desde Hollywood?

No obstante, esta versión de la espiritualidad busca legitimidad en las religiones tradicionales, especialmente en las orientales. Tampoco aquí la literatura es la original; asistimos al juego de la impostura en que nos sumerge el marketing de la industria editorial estadounidense. Podría ser que la “realidad virtual” impida ya distinguir entre lo real y lo reflejado en el espejo de la ideología consumista. El precursor de esta espiritualidad oriental a la americana fue Krishnamurti, que supo conciliar las versiones *light* de lo oriental con las necesidades de las masas occidentales. No en vano, fue uno de los precursores de la comunicación de masas, o de la manipulación de las conciencias, en los EE UU, donde enseñaba, allá por los años veinte, los rudimentos de la espiritualidad oriental en estadios deportivos a los que podían asistir treinta y tantos mil enfervorizados seguidores. Al amparo de la espiritualidad arriban, también, otras costumbres “orientales”: la salud, la alimentación, la sexualidad, etc., de nuevo provenientes de USA. Un ejemplo ilustrativo es el éxito de ventas de *El Libro del Tao*, escrito, claro está, por un norteamericano; mientras de *El Tao* original —recientemente reeditado por dos editoriales nacionales— resulta difícil vender algún ejemplar: no es tan simple como su reconversión americana, no proporciona recetas mágicas sino pensamiento; requiere algo más de esfuerzo personal.

La presencia de sectas y grupos mesiánicos menos estrictos en la Isla es muy importante, tanto los formados por gente llegada del exterior como aquellos en los que la participación de los conejeros es determinante. Desde sectas con gurú oriental incluido a gente que se relaciona con formas de vida extraterrestres; desde los cursos de autoestima a exageraciones sin límite de la medicina natural o la dieta. Lanzarote, cuya transición desde una sociedad casi feudal a una de servicios se produjo tan reciente como vertiginosamente, y donde la avalancha turística y de emigración han convertido en minoría a la población local, aparece como un escenario perfecto para la crisis de la identidad. Por ello no puede sorprender

Se acaba consumiendo la espiritualidad en píldoras de literatura mediocre importada desde Hollywood

en exceso esta significativa presencia de las alternativas irracionales en nuestro entorno.

En este campo, el fenómeno insular de mayor éxito lo constituyen las denominadas “Escuelas de Padres”, más una comunidad de feligreses de la nueva espiritualidad individualista que una secta propiamente dicha. En estas “Escuelas” convergen una mezcla diversa de gentes en busca de la identidad perdida, al encuentro de recetas espirituales aderezadas, también en este caso, con la repetición continua de un pequeño ramillete de ideas muy sencillas: desde el conócete a tí mismo hasta la usual sobrevaloración del esfuerzo personal como única vía para la solución de todo tipo de problemas; desde la glorificación de la autoestima a la calificación de los apegos y compromisos personales como un pesado lastre del que conviene desprenderse. En estas ideas, y otras cuantas más, vuelve a magnificarse la solución individualista y a ponerse en cuestión la posibilidad misma de la identidad social, plasmada en la comunidad. ¿Cómo es posible la existencia comunitaria, las relaciones sociales o personales, sin los apegos y compromisos entre las personas, aunque puedan dar lugar, incluso, a la dependencia? Donde más parece añorarse la identidad es donde se ponen las bases para su imposibilidad.

Se unen dos formas de encarar la vida que se cuentan como contradictorias: la nueva espiritualidad irracionalista y la ideología del ejecutivo agresivo

La espiritualidad yuppie

El esfuerzo personal es algo siempre encomiable. El conflicto surge cuando se minimizan hasta tal punto los componentes sociales, las relaciones y la interacción con los demás —la vida comunitaria, en suma— y ese esfuerzo personal se transforma en el único camino real de actuación. Pues bien, esa confianza ciega en que sólo la superación personal permite alcanzar cualesquiera objetivos deseables o virtuosos que merezcan la pena une, curiosamente, dos formas de encarar la vida que se cuentan como contradictorias: la nueva espiritualidad irracionalista y la ideología del ejecutivo agresivo y triunfador.

Ambas ponen el acento en ese esfuerzo personal para conseguir una diferenciación excluyente con respecto a la colectividad; las dos desprecian, por motivos aparentemente distintos, los componentes sociales y sus desigualdades, en la creencia de que todo está en tus manos, todo es alcanzable a partir de tu esfuerzo. Quienes no triunfen en el trabajo o en el perfeccionamiento personal tendrán que achacarlo a su propia incapacidad y no podrán buscar la explicación en el diferente punto de partida que la desigualdad económica, social y cultural pueda establecer. Por ello se compren-

de, en ambos casos, esa renuencia a los apegos, a los compromisos personales: en un caso, porque los lazos que crean esos compromisos entorpecen las elecciones más convenientes en la carrera por el éxito económico; en el segundo, porque los apegos provocan una dependencia del otro que aleja y dificulta el encuentro con uno mismo, la otra versión del éxito.

Lo que se persigue, realmente, es liberarse de la “contaminación” de los condicionantes sociales. El *yuppie* aspira a ser libre de las limitaciones económicas, creyendo que su dinero podrá satisfacer todas las necesidades planteables. Muestra así su desconfianza en la sociedad, en sus congéneres: víctima del miedo que le produce la interdependencia del ser humano con su entorno y la desconfianza en la solidaridad de sus semejantes. La vulnerabilidad de los más espirituales se enmarca en el ámbito de los sentimientos. Aspiran, igualmente, a escapar del sufrimiento que les provoca la interdependencia afectiva —a veces mediante la impostura de su sublimación—, y por eso su búsqueda se dirige hacia la autonomía personal (como el *yuppie* en la construcción de una situación económica de privilegio, con el mismo ahínco y dedicación), rehuendo los apegos afectivos, pues la dependencia emocional les hace sentirse vulnerables. Participan de la desconfianza en el otro y cifran su libertad en la ausencia de compromisos. Su desapego es la garantía de su libertad, en tanto que mantienen intacta la potencialidad de poder elegir, en cualquier momento, entre un número ilimitado de posibilidades. Pero esta libertad, sin embargo, nunca se puede actualizar, ya que la elección misma supone un compromiso, una limitación de esa libertad, que sólo en potencia puede existir. En la misma medida, el ejecutivo triunfador cifra su libertad en la posibilidad de elegir cómo satisfacer sus necesidades en todo momento, siendo el abanico de éstas inconmensurable.

Además, el afán de superación en términos individuales se convierte en una carrera sin fin. Se engrandecen artificialmente los fines anhelados, de tal manera que sólo son alcanzables por muy poca gente, con lo que prevalecen entornos de relación personal reducidos e incondicionales. Resulta casi imposible interactuar con personas de otro nivel económico, en un caso, o con gente que no ha accedido al “conocimiento” y que, por tanto, no puede comprendernos, en el otro. Los ejecutivos y los místicos tienden, al final, a relacionarse tan sólo con sus iguales; la diferencia de criterios se difumina y los objetivos del grupo se tornan cada vez más “importantes”, provocando a la larga un aumento del ensimismamiento personal o la reclusión en pequeños grupos tribales afines, único

Este refuerzo de la desvinculación social explica que el trabajo o la secta puedan captar la entera voluntad de la persona

lugar donde los individuos se sienten “acompañados” (desaparece el desvalimiento) y logran comunicarse (desaparece la lacerante soledad) en el inacabable proceso de búsqueda y perfección — económica o personal— que se presenta sin culminación posible.

Este refuerzo de la desvinculación social explica que el trabajo o la secta puedan captar la entera voluntad de la persona. La huida generalizada del sufrimiento que pudiera generar la privación, bien de un objeto, bien de una persona, delata una limitada capacidad para resistir la frustración, lo que a su vez aumenta la inseguridad, que obliga a añadir nuevas dosis al esfuerzo: más trabajo, mayor perfección interior; en resumen, cuanto más difícil de alcanzar, más deslumbrante resulta el objetivo y más justificada y necesaria parece la dedicación.

Triste destino de los que tras un esfuerzo por encontrarse a sí mismos se ven inmersos en la "autopista" global del espíritu

Por todo lo dicho, no causa extrañeza que esta nueva espiritualidad, como los *yuppies*, provenga del Imperio. Además, la glorificación de la solución individual a cualquier tipo de problemas coadyuva a la reproducción del sistema dominante, que consigue encastrar el malestar social en el inócuo terreno de lo personal. Desde uno mismo difícilmente se cuestionan los cimientos del poder; para eso siempre ha hecho falta compañía.

Conviene señalar que, aún con su confusión, las propuestas espirituales descritas responden al genuino malestar que el consumismo individualista y la irracionalidad real de lo económico provocan en la sociedad en que vivimos. El abandono de la espiritualidad bien entendida y su transmutación en el materialismo ramplón que inunda el conjunto de las relaciones sociales, provoca la necesidad de encontrar, desgraciadamente a cualquier precio, una explicación al sentido de la identidad perdida, de la propia vida. No obstante, triste destino el de los que, realizando un notable esfuerzo por encontrarse a sí mismos, por hallar un camino individual en el que la identidad personal pueda cargarse de sentido, se ven inmersos, sin embargo, en la “autopista” global del espíritu, en un mercado perfectamente estructurado y dirigido, y a cuyos pingües beneficios contribuyen con su inocente granito de arena.

Como siempre, una nueva identidad

Este tipo de alternativas impregnan también algunas zonas de la actividad política, donde la búsqueda de la identidad se ha convertido en una mercancía electoral. Hasta el punto de rastrearla en lejanos orígenes primigenios no contaminados, tampoco, por la cultura y la civilización de los cinco siglos posteriores. Pero, por mucho que duela, “somos” mucho más por esos cinco siglos que

por las remotas huellas previas. En este terreno, el juego es aún más peligroso e igualmente irracional, ya que la visión primaria de una identidad “auténtica” y cosificada se construye en lo político —contraviniendo las reglas jurídicas de igualdad en que se asienta nuestra convivencia social— y contra los otros, en términos completamente excluyentes. Si una visión tal acabara por imponerse, Canarias, Lanzarote, quedará condenada al empobrecimiento social y cultural de su comunidad.

De lo que debería tratarse, en realidad, es de cómo construir nuevos vínculos comunitarios en un territorio sometido a un tremendo cambio económico y, por tanto, social y cultural. Indagar sobre los componentes de una identidad basada en modos de producción agrícolas y pesqueros supone un trabajo histórico encomiable, un esfuerzo ineludible para comprender nuestro pasado. Pero tratar de reconstruir esa identidad en la sociedad actual se demuestra tan inútil como ingenuo; inútil porque la identidad es una construcción conceptual ligada a formas de vivir determinadas y en estrecha relación con las actividades de producción preeminentes en una sociedad en un momento histórico concreto. Ingenuo porque sólo estamos interesados en recuperar la identidad perdida sin querer esas formas de vida a las que se asocia. A no ser que el objetivo perseguido consista en la manipulación y control político del territorio y su población, en cuyo caso nos situamos ante un cinismo nada ingenuo.

De la misma forma, resulta socialmente contraproducente la obsesión individualista e irracional de la búsqueda de uno mismo como estadio previo necesario para el cambio social. La identidad personal aislada no existe; es en la interrelación social donde se conforma la identidad, donde surgen los conflictos y la riqueza y creatividad que nos ayudan a resolverlos. Frente a la manipuladora tentación individualista, que empobrece nuestra comunidad, tenemos que pensar que solamente la actividad ciudadana y la participación pública en la gestión de las dificultades nos hará encontrar soluciones que respondan a los intereses de la mayor parte de la sociedad.

Dediquémonos al análisis serio del proceso histórico y de la realidad actual, y no a la búsqueda de antiguos mitos; analicemos los cambios ocurridos en nuestra manera de vivir, producir y consumir y encontraremos las claves para la actuación que el futuro demanda. Que Lanzarote se haya convertido, económicamente, en un monocultivo turístico y que, por lo tanto, todos dependamos de esta industria para la supervivencia aparece como uno de los com-

Es en la interrelación social donde se conforma la identidad, donde surgen los conflictos y la creatividad que nos ayuda a resolverlos

ponentes fundamentales de esa nueva realidad. El hecho de que todas las necesidades de la población y el territorio sean puestas al servicio de nuestros visitantes, muestra con mayor claridad la fuente de nuestros conflictos que bucólicas inmersiones arqueológicas.

No obstante, recordemos, aunque existan responsabilidades diversas, cuál ha sido la contribución de esta comunidad al estado de la situación; aunque “los de fuera” no sean inocentes, poco ganaremos tratando de despejar todas las culpas al exterior. Reconozcamos que, a pesar de los inconvenientes y de lo que ha sufrido nuestra identidad, no son pocas las ventajas buscadas y encontradas. No era fácil, desde luego, renunciar a la riqueza: el automóvil, los electrodomésticos, la universidad de nuestros hijos y el agua y la luz, entre otras cosas, conforman hoy una manera de vivir que forma parte de nuestra identidad, tanto como la herencia recibida. ¿Quién sería partidario de la vuelta a la vieja identidad con la pobreza que llevaba aparejada?

El problema se encuentra, como siempre, en la construcción de la nueva identidad y en el tiempo y el ritmo que para ello necesitamos

Lanzarote ha cambiado con excesiva rapidez. Las dificultades para adaptarse a la nueva situación resultan más que comprensibles. Entonces, el problema no es la identidad originaria, sino las dificultades que genera la construcción de una nueva comunidad, de unas nuevas relaciones sociales, los cambios económicos y su endiablado ritmo, la cultura que nos llega y la que tenemos que forjar —mucho más rica, pese a quien pese—. En resumen, el problema se encuentra, como siempre, en la construcción de la nueva identidad y en el tiempo y el ritmo que para ello necesitamos; y en este cometido el auténtico lastre es la irracionalidad y el miedo ante el nuevo reto, y que las opciones planteadas puedan enmarcarse en los estrechos márgenes del folklore identitario o del individualismo consumista.

Por ello, bien podemos terminar diciendo que el problema más urgente de la identidad en Lanzarote puede concretarse en la siguiente frase: “Ni una cama más”. Detener la locura y darnos tiempo para asumir los cambios y alumbrar la comunidad en la que queremos vivir, la que nos proveerá de una nueva identidad, que será, como todas, provisional. Si la identidad pudiera establecerse de forma clara y para siempre indicaría que esta sociedad habría pasado de la realidad al museo etnográfico.